

Las Nubes

PRÓLOGO

La obra y su contexto

Pericles y Arquidamo habían muerto ya en el año 423, cuando Aristófanes presentó esta pieza al concurso de las Dionisias; Cleón y Brásidas, líderes a la sazón de Atenas y Esparta, respectivamente, habían llevado la guerra que las oponía a una cota muy alta de encarnizamiento y violencia, tras modificar la estrategia inicial que siguieron ambas ciudades cuando se inició el conflicto en 431. En los años inmediatamente anteriores a 423, el poeta había compuesto comedias muy críticas con Cleón y muy comprometidas con los partidarios de la paz, encabezados por Nicias. Además de *Los acarnienses* (425) y *Los caballeros* (424), había hecho representar dos obras que no han llegado hasta nosotros: *Los comensales* (427) y *Los babilonios* (Dionisias de 426), una despiadada sátira de Cleón y las autoridades de Atenas, que molestó extraordinariamente a este último. El político arremetió contra el poeta en el Consejo¹, pero fue defendido por los miembros de la clase social de los caballeros, enemigos políticos del demagogo. En las fiestas Leneas del 425

¹ Cf. *Los acarnienses*, v. 380.

triunfó con *Los acarnienses*, y en las elecciones del año 425-424 el partido de la paz obtuvo una gran victoria. Sin embargo durante ese año se produjo el inesperado éxito de Cleón en Pilos, que relata Tucídides (IV 28-42), que Aristófanes ridiculizó en *Los caballeros*, obra con la que, sorprendentemente, ganó el concurso de las Leneas del 424 (o no tan sorprendentemente, si hacemos caso de la imagen de Cleón que transmite Tucídides: un completo indeseable, que cuando partió hacia Esfacteria para la expedición que luego concluiría con éxito, levantó una expectativa de felicidad fuera cual fuese el resultado de su empresa, pues el éxito beneficiaría a Atenas y el fracaso libraría a la ciudad de su persona). Sin embargo, las Leneas pusieron en grave aprieto a nuestro poeta, porque ahora, reforzado Cleón por su victoria, le acusó de ser extranjero y hacerse pasar por ateniense (y eso que ambos eran del mismo pueblo, Cidateneón). Aristófanes² dice que tuvo que «hacer un poco el mono» para librarse esta vez. Desde entonces dejó ya casi por completo de ocuparse de Cleón (casi, porque en 422 volvió a la carga indirectamente contra él en *Las avispas*) y buscó para esta ocasión una víctima diferente de sus críticas: la encontró en Sócrates, en cuya figura centra su atención en *Las nubes*. Todo ello refleja con bastante claridad, creemos, la influencia que la situación política tuvo en el desarrollo de la Comedia en Atenas.

El concurso del año siguiente enfrentó sólo a tres poetas: Cratino, vencedor con *La botella*, Amipsias, que en *Conno* presentó una sátira a costa de ese personaje, maestro musical de Sócrates, y Aristófanes, que quedó tercero (y último) en el concurso. El filósofo era, pues, personaje de una comedia dos veces el mismo año. ¿Por qué? Porque Sócrates debía de ser una auténtica figura en Atenas; era conocido —y, en algunos casos, sufrido— por todo el mundo y había servido valientemente a su patria como solda-

² Cf. *Las avispas*, de 422, vv. 1285 ss.

do. Lamentablemente no conservamos la obra de Amipsias, y al no poder contrastarla con ésta no es posible hacerse una idea de los gustos y preferencias del público ateniense que vio ambas; pero el hecho es que *Las nubes* fue derrotada por sus dos rivales, lo que decepcionó profundamente a Aristófanes, quien³ la tenía por la mejor de sus obras. De todas formas, esta pieza influyó hasta un punto que no es posible precisar con exactitud en la condena de Sócrates en el 399, unos veinticinco años después.

Sócrates, en efecto, fue juzgado y condenado, acusado por Meleto, Ánito y Licón de no creer en los dioses de la ciudad e introducir dioses nuevos y de corromper a los jóvenes, una acusación de impiedad, la única posible tras la amnistía decretada después de la reconquista del poder por los demócratas tras el breve interregno de los Treinta Tiranos. El propio Sócrates en varios pasajes platónicos dice que las acusaciones que se le hacían eran antiguas, y menciona esta comedia, a la que dice temer más que al propio Ánito. Sin embargo, que *Las nubes* hubiera seguido viva en el recuerdo de los jueces de Sócrates después de tantos años es poco verosímil, a no ser que aceptemos su conservación, bien fuera por medio de representaciones posteriores fuera de los certámenes teatrales de la ciudad de Atenas, o bien por su difusión en copias escritas en el, a la sazón, incipiente y floreciente mercado del libro, un procedimiento muy corriente, sobre todo en las obras menos favorecidas por el éxito.

Platón y Jenofonte presentan una imagen de Sócrates muy distinta de la de *Las nubes*, y de nada vale tratar de justificar los rasgos negativos con que lo dibuja Aristófanes para mitigar la posible responsabilidad de éste en la condena de aquél, ni tratar de negarlos para contento de sus discípulos, que en la práctica son sus hagiógrafos. Carece de sentido preguntarse cuál fue el auténtico Sócrates, porque la Comedia no es Historia ni trata de serlo,

³ Vv. 524. ss; cf. *Las avispas*, 1045, ss.

sino un género literario que caricaturiza la realidad y sus personajes, y lo hace del modo más exagerado que sea posible para que la situación resulte ridícula y, mediante la risa del público, obtener el premio por el que compite. Pero, ¡cuidado!, la caricatura y la exageración no pueden sobrepasar ciertos límites; es imprescindible que el objeto de las burlas sea reconocible: este Sócrates es, pues, en algún aspecto, verdadero.

Como la versión más conocida de Sócrates es la favorable, la presentada por sus discípulos, de creer a éstos no se justifica presentarlo encaramado a una cesta, preocupado por los fenómenos atmosféricos, pues Sócrates aprendía de las personas más que de las cosas; tampoco tendrían relación con el método socrático los instrumentos que se encuentran en su escuela, cuya misma existencia es injuriosa, pues Sócrates conversaba con la gente al aire libre. En cuanto a la ridícula iniciación, de tipo pitagórico, a la que el filósofo somete en la obra (vv. 253 ss.) al neófito Estrepisades, no es sino un añadido cómico gratuito; no parecería de recibo tampoco tachar a Sócrates de irreligioso, y especialmente calumniosa parece la afirmación de que cobraba dinero por sus enseñanzas, una práctica que⁴ el filósofo equiparaba a la prostitución.

En realidad todo eso representa el conjunto de ideas nuevas que Aristófanes critica por su efecto pernicioso en la ciudad, y en todas las comedias pueden reconocerse dos partes, un tema que preocupa al poeta y una acción cómica para solucionarlo⁵. El tema que preocupa a Aristófanes es esta vez la crítica de la nueva educación, y lo desarrolla en su comedia. Cierto es que la actitud de Sócrates en esta comedia no es probablemente la propia de ese personaje (o no es sólo exclusivamente suya), sino la de otros personajes: pitagóricos, filósofos de la naturaleza y, sobre todo, so-

⁴ Cf. PLATÓN, *Apología*, 19d.

⁵ Cf. K.D. KOCH, *Kritische Idee und komisches Thema*, Bremen, 1965.

fistas; pero desde el punto de vista del autor, aglutinar todo eso en una sola figura, la de Sócrates, es sencillo y eficaz. Además tiene su fundamento: Sócrates es sólo uno más entre los personajes reales parodiados en las comedias de Aristófanes, una caricatura de trazo grueso pero suficientemente identificable. Con toda seguridad las sencillas gentes de Atenas no serían capaces de distinguir sutiles diferencias filosóficas entre los dos Sócrates, el de sus discípulos y el de Aristófanes, pero todos ellos reconocerían sin ninguna dificultad al quisquilloso filósofo, a quien, por cierto, se retrata con bastante fidelidad al modelo platónico en los vv. 363 ss.

Por otra parte, a diferencia de los sofistas y otras clases de filósofos a los que el poeta habría podido criticar quizá con más razón, Sócrates ofrecía algunas ventajas: la Comedia ateniense es política, se desarrolla en el estrecho marco de la polis, y Sócrates estaba muy a mano, vivía en Atenas, donde cualquiera podía encontrárselo a diario; tenía, además, una apariencia física, a juzgar por los retratos que conocemos, ya de por sí cómica y no estaba exento de un fino sentido del humor. En esa situación casi habría sido una sorpresa que no fuese él el ridículo representante de las novedades educativas que iban minando el viejo orden y que debían ser fustigadas —como ha de serlo toda novedad— por los poetas de la Comedia.

El desarrollo de *Las nubes* difiere del de otras piezas en que al poeta le preocupan asuntos relacionados con su ciudad. Aristófanes no hace que su protagonista, el *héroe cómico*, trate de arreglarlo directamente mediante un plan más o menos descabellado. Estrepsiades no se enfrenta a la nueva educación, sino que se entrega a ella y trata de sacarle partido a sus condenables enseñanzas. Sólo al sufrir las consecuencias en su propia persona prenderá fuego a la escuela de Sócrates, origen y propagadora de esas ideas. Puede que esa forma sesgada e inusual de presentar el tema fuera una de las razones que hacían a Aristófanes estimar a esta comedia por encima de las demás.

Estrepsiades es un hombre de cierta edad, aparentemente un labrador acomodado, a quien su boda con una mujer de alcurnia

y, sobre todo, el hijo de ambos, Fidípides, un apasionado por los caballos⁶, le han puesto al borde de la ruina. Vecino de la escuela de Sócrates, cómicamente llamada *caviladero*, donde, según se dice, enseñan a hacer pasar por bueno lo malo —la crítica más usual contra los sofistas—, pretende enviar allí a su hijo para que aprenda, pero éste se niega y ha de ir él. Allí, tras la contemplación de toda la parafernalia de sus instrumentos pseudocientíficos y del mismísimo Sócrates, suspendido sobre una cesta para ver desde bien arriba el aire y sus fenómenos, recibe las enseñanzas del maestro en persona: se acabó Zeus, y Remolino es ahora el dios supremo; contempla también el doctrino a las diosas Nubes, que formarán el coro que da nombre a la pieza y que enseguida ejecutará la parábasis, que, proceda de donde proceda (hablaremos de ello más adelante), no es la de la primera representación de la pieza, ya que en ella el poeta se queja de la derrota de la misma.

Pero el viejo ni aprende ni ve qué utilidad práctica pueden tener las sutilezas gramaticales que le explica Sócrates, y es expulsado de la escuela. No sin dificultades convence a su hijo para que vaya él. Fidípides entra en la escuela, pero ahora lo instruirán los propios Argumentos personificados, el Justo y el Injusto. Por medio de un agón ellos intentarán convencer al muchacho de sus ventajas respectivas. Lo aprendido por el hijo es aprovechado por Estrepsiades, quien, en una especie de escena episódica, se deshace de dos acreedores sirviéndose de las pocas enseñanzas que él mismo aprendió y de lo que le ha contado su hijo. Que esto sea así es, en realidad, una sorpresa, pues por lo general, las escenas de esta clase son protagonizadas por los verdaderos implicados y fue Fidípides, no Estrepsiades, quien aprendió en el caviladero a deshacerse con argumentos injustos de los que reclaman justa-

⁶ En cuya figura muchos han querido ver, quizá sin razón, una representación de Alcibiades, el sobrino de Pericles.

mente el pago de una deuda. Pero tras ese éxito momentáneo, el viejo sale de su casa lamentándose de haber sido golpeado por su hijo, y acto seguido sostiene con él un segundo agón en el que éste demuestra que es justo pegar a un padre y dispuesto está a argumentar que lo es también hacer lo mismo con la madre. Estrepsiades no aguanta ya más, y con la ayuda de un esclavo, echa abajo y prende fuego a la escuela de Sócrates.

Las nubes en la producción de Aristófanes

Entre las once comedias que conservamos íntegras del total de cuarenta y cuatro que la tradición atribuye a Aristófanes, *Las nubes* es, cronológicamente, la tercera, y la única de esas once que ocupó el último puesto del concurso. Una lista completa, incluyendo título, fecha probable, concurso y puesto obtenido, se ofrece en la obra de Rodríguez Monescillo⁷, los fragmentos de las obras perdidas están recogidos en la edición de Kassel y Austin⁸.

Como dijimos al comienzo, el poeta, aparentemente forzado por las circunstancias, abandona en ella los temas de contenido netamente político que había seguido en sus anteriores producciones y aborda otro tema de interés para su polis: la crítica de la nueva educación.

La tenía —se ha dicho también— en la más alta estima y, sin embargo, fue derrotado por «rivales vulgares» (v. 524). Como los jueces de aquel concurso, los críticos modernos se han dividido en el juicio estético de esta obra. La opinión de su autor, sin embargo, es la más extendida entre los modernos, aunque no faltan estudiosos de la escuela analítica más hipercrítica que le han se-

⁷ Cf. RODRÍGUEZ MONESCILLO, *Aristófanes. Comedias I. Los acarnienses*, Madrid, 1985.

⁸ R. KASSEL y C. AUSTIN, *Poetae Comici Graeci*, vol. III, 2, Berlín, 1984.

ñalado toda clase de defectos e incoherencias, por haberle aplicado un método crítico excesivamente riguroso, al que ninguna obra, antigua o moderna, resistiría sin daño. Se ha llegado a decir que lo que tenemos no procede de Aristófanes, sino de algún mediocre bizantino que corrigió para mal la obra de aquél.

Aun así, es verdad que la estructura de esta comedia se ajusta menos a las formas habituales de la Comedia Antigua que otras, como *La paz* o *Los acarnienses*, de la primera época de la producción aristofánica; pero eso hace de *Las nubes* una obra nueva y personal, alejada del camino más o menos trillado de modelos y formas bien establecidos, algo de lo que el poeta se sentía íntimamente orgulloso. A continuación, señalaremos brevemente tres de esas diferencias.

En primer lugar puede que la más notable afecte a la figura del protagonista: un pobre hombre cuyo éxito no se ve por ningún lado y que nada tiene en común con los protagonistas de otras comedias, unos triunfadores, auténticos superhéroes, como el Pistetero de *Los pájaros* o el Trigeo de *La paz*. Estrepsiades es poco más que un estúpido.

En segundo lugar, tampoco el coro actúa aquí como en otras piezas. Por lo general, el coro en Aristófanes suele comprometerse, directa y unívocamente, con las tesis del protagonista, ya sea desde el principio, como en *Lisístrata* y *Los caballeros*, o tras convertirse a su causa, como en *Los acarnienses* o *Los pájaros*; pero en esta comedia el coro de nubes no muestra una actitud unitaria a lo largo de la pieza.

Finalmente difiere también de otras en la presencia de dos agones, el segundo de los cuales se parece, en realidad, a las escenas episódicas yámbicas de otras piezas, que faltan en ésta; no es tampoco habitual la duplicación de la parábasis (hay una secundaria en los vv. 1113-30) ni que sean necesarios más de tres actores para poder representar los personajes de la obra, y en esta comedia hacen falta cuatro: son necesarios en la escena en que disputan los dos Argumentos en presencia de Fidípides y Estrep-

siades. Igual número es preciso al comienzo de *Lisístrata* y cinco, caso único, al principio de *Los acarnienses*⁹.

Varios indicios apoyan la existencia de más de una versión de *Las nubes*, que, de haber existido, habría realizado el propio Aristófanes, su hijo Araro o un bizantino aprovechado. La queja de la parábasis por el fracaso de su obra es, quizá, el indicio interno fundamental. Respecto a la fecha en que dicha redacción (o al menos la de esta parábasis) pudiera haberse hecho, es un tema excesivamente complicado para un prólogo como éste: remito a la bibliografía general sobre Aristófanes presentada en el primer volumen y a la propuesta de que se hiciera entre los años 420 y 417.

Pruebas externas las encontramos en dos de los Argumentos (números VI y VII) de la obra, esos resúmenes que algunos filólogos de la Antigüedad aportaron como comentario y explicación de estas obras, y en dos escolios, esas notas marginales que recogen en algunos manuscritos los comentarios de estudiosos antiguos a lugares concretos: son escolios a los vv. 533 y 591. Remito para el detalle de esto otra vez a mi trabajo recién citado. Argumentos y escolios mencionan explícitamente la remodelación de la obra, pero ésta no fue completa, porque el conjunto que conservamos no carece de incoherencias y contradicciones, como hemos señalado.

En nuestra opinión y como resumen, es innegable la existencia de al menos dos versiones de esta comedia: Aristófanes, que estaba orgulloso de su obra y decepcionado por su fracaso y por la imposibilidad de volver a hacerla competir —modificada o no— en los concursos oficiales de las fiestas dionisiacas atenienses, donde con carácter general puede afirmarse que todas las obras, año a año, eran de estreno, trabajó en ella afanosamente para darle, en forma de libro escrito, la difusión que, a su juicio, me-

⁹ Cf. K. J. DOVER, *Aristophanes. Clouds*, Oxford 1968, págs. LXXVIII-IX.

recía. Ello explica, de paso, su influencia en el juicio de Sócrates, que se celebró más de veinte años después de su primera puesta en escena.

Quienes lean ahora esa comedia o asistan a una representación de la misma en alguno de los cada vez más numerosos Festivales de Teatro Clásico podrán juzgar por sí mismos si Aristófanes acertaba al valorar especialmente esta comedia suya o si fue el jurado del concurso cómico de las Grandes Dionisias del año 423 el que acertó al ponerla en el último lugar, por detrás de las comedias de Cratino y Amipsias.